



La frontera en diálogo

TATIANA CALDERÓN LE JOLIFF¹
OSWALDO ZAVALA²

5 de marzo de 2019
Viña del Mar

Querido Oswaldo,

Mi frontera nació en el origen. Me considero un sujeto fronterizo, alojada en el intersticio de dos mundos antagónicos en muchos aspectos: Francia y Chile. Nací en París de un padre chileno exiliado, y de una madre francesa, conmovida por la experiencia y fracaso de la Unidad Popular en Chile. Mi destino bicultural y transatlántico ya estaba sellado antes de mi nacimiento. A los 14 años, viajé a Chile con mis padres para establecerme, pero al final de mis estudios secundarios, decidí volver, sola, a estudiar en Francia. Después de mi doctorado en cotutela entre una universidad francesa y chilena, aunando dos mundos y dos metodologías, decidí volver a Chile después de 10 años en Francia. Este vaivén biográfico ilustra, de alguna manera, mi afán de entender lo que acontece en el desplazamiento de dos o más identidades. Como diría un amigo y crítico italiano, Alessandro Mistrorigo, soy una *dispatriada*, francesa por formación académica y cultural, y chilena por mis afectos. Los dos lugares me acogen y me remueven. En un principio, no entendía la diferencia abisal entre las dos culturas y la dificultad de anclarse, adentrarse en un mundo otro. Al vivir en Chile, experimenté múltiples y evolutivas transformaciones lingüísticas, estructurales y emocionales.

En mis investigaciones, siempre estudié varios mundos a la vez, así como las problemáticas ligadas a la alteridad, por eso me atrae la literatura comparada. Como lo metaforiza el escritor francés Julien Gracq, “Los comparatistas son perforadores de fronteras, que tiran puentes entre riberas que se ignoran por siglos, aunque a veces es más por la perspectiva que por la circulación”. A raíz de mi vivencia, me interesó esbozar una especie de triángulo en mis lecturas e investigaciones primerizas, entre América del Norte, América del Sur y Francia. Estos diálogos transatlánticos, muy fecundos, me parecen naturales e imprescindibles a la hora de entender las producciones y cambios culturales entre las Américas y Europa.

¹ París, 1979. Universidad Adolfo Ibáñez.

² Ciudad Juárez, 1975. The Graduate Center, CUNY.

Mis primeras lecturas “fronterizas”, las realicé sobre todo cuando estaba haciendo un postdoctorado en la Universidad de la Frontera, en la Araucanía, y tuve la oportunidad de organizar un congreso sobre las fronteras en los confines de América Latina: México-Chile. Empecé a leer a poetas de origen mapuche, a Jaime Huenún, cuya propuesta estética, en *Reducciones* por ejemplo, me gustó mucho, abierta al mundo, crítica de los modelos epistemológicos europeos y *champurria*; a la poesía escatológica, vengativa y a la vez sentimental de David Aniñir, en *Mapurbe*; a la visión renovada de algunos personajes bíblicos desde el espectro mapuche y femenino de Roxana Miranda Rupailaf en *Seducción de los venenos*; y también a la escritora austral Ivonne Coñuecar cuya escritura insurgente y huracanada en *Patriagónica*, anclada a la vez en los elementos telúricos e históricos, me interpeló. En el otro extremo, leí también narradores y poetas mexicanos que trabajaron la problemática fronteriza. Entre los muchos que leí y que me gustaron (Luis Humberto Crosthwaite, Rafa Saavedra, Miguel Tapia...), las obras que más me impresionaron últimamente por su calidad escritural y el remezón que me provocaron son *Señales que precederán al fin del mundo* de Yuri Herrera, *Estilo* de Dolores Dorantes y *Las tierras arrasadas* de Emiliano Monge.

Martes 12 de marzo, 2019
Nueva York

Querida Tatiana,

Nací a unos tres kilómetros de la frontera entre México y Estados Unidos. La militancia nacionalista de mis padres hizo inaceptable un parto al norte del Río Bravo. La hegemonía del potente proyecto de estado-nación que dominó el siglo XX en el país se aseguró de que mi mexicanidad me llegara por nacimiento aún en sus propios bordes. Inequívocamente anclado en el lado mexicano de la frontera, desde niño experimenté —aunque no la entendiera del todo— la violenta geopolítica entre los dos países. Las horas de espera en los puentes internacionales entre Ciudad Juárez y El Paso, la humillación del control migratorio y aduanal, el racismo perpetrado incluso entre los agentes estadounidenses de origen hispano. Luego fui consciente de que provenía de una minoría privilegiada: pese a todo, tenía una visa para cruzar.

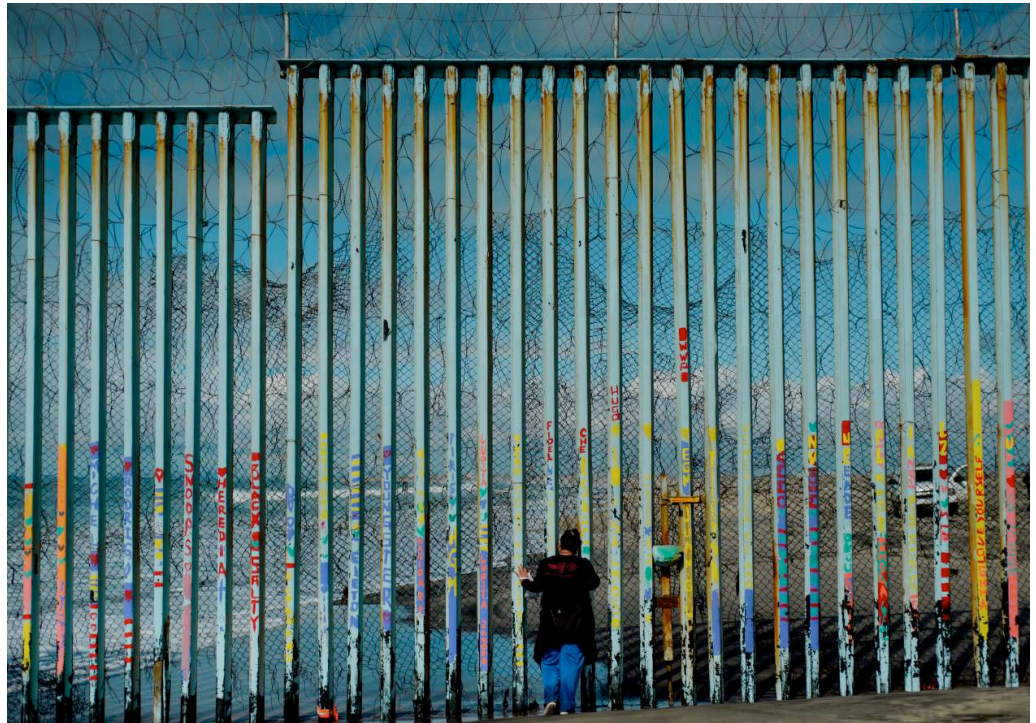
Pero “Ciudad Juárez es the number one”. Junto con su inolvidable legado musical, Juan Gabriel hizo que la ciudad del margen se acercara al centro. Comprobé así la solidaridad espontánea en esa franja del mundo poblada por migrantes. Recuerdo una escena recurrente: una camioneta en la fila de automóviles camino al puente internacional que invitaba a los peatones madrugadores —a esa hora en su mayoría estudiantes y trabajadores— a montarse en su caja trasera para ahorrarles el peaje. La frontera se experimenta siempre entre un lado noble y su reverso hostil. Esta duplicidad se inscribe en el cuerpo que aguarda paciente la afrenta latente del cruce, en la lengua extranjera apenas aprendida para responder interrogatorios, en la ingenua aspiración del “sueño americano” y la concreta pesadilla de su realidad inmediata. Casi siempre que pienso en la frontera se me interpola este verso del poeta juarense León de la Rosa, que cifra mejor lo que no atino a definir ahora mismo: “Ojalá everything fuera epic, ojalá everyone were héroes”.

Todos en mi familia son maestros normalistas. Intenté cumplir con la expectativa implícita en ser el más chico de la casa y decidí que mi vida no estaría inscrita en un salón de clases. Atendí una intuición que crecía en mí desde entonces: el periodismo. Orienté mi licenciatura hacia los medios de comunicación electrónicos e impresos. Grabé programas de radio y fui reportero y

editor del primer periódico en español de la Universidad de Texas en El Paso. Mi otro lugar de aprendizaje fue El Diario de Juárez, donde tuve la suerte de trabajar con algunos de los mejores periodistas mexicanos que conozco, entre ellos el reportero Ignacio Alvarado y el fotógrafo Julián Cardona. Como nos enseñó García Márquez, el periodismo conduce casi siempre a una incómoda relación con la literatura. Había sido hasta entonces un lector desordenado, pero esas lecturas y una doble licenciatura en letras me abrieron otro camino. A la distancia, me parece, las dos formas de vida cohabitan en mi formación. También mis intereses intelectuales son fronterizos.

Vivo en Nueva York desde hace trece años y la frontera es ahora el problema central de mi trabajo académico y periodístico. El cruce internacional concentra en su historia la metáfora que define mi vida. De la frontera emergen para mí formas de imaginación crítica que se

rehúsan a una sola perspectiva, a una única manera de hacer preguntas. Como si también mis pensamientos hubieran interiorizado la necesidad de habitar, en el horror del presente y en la perseverancia de un futuro viable, dos órdenes, dos naciones compartidas en la paz y en la guerra, entre dos ciudades que son a la vez un final y un principio. No hace mucho, mi amigo y colega, el periodista y académico italiano Federico Mastrogiovanni, celebró



conmigo una identidad intelectual bastarda que marca la impureza de nuestro trabajo. Aunque no siempre del modo más productivo, esa intromisión de un campo en otro, más que una interdisciplinaridad, quiero pensar que me ha permitido desplazar posiciones anquilosadas, letargos y miopías, a cambio de una incertidumbre gozosa entre los dos campos desde los que escribo.

Me gustó que hablaras en tu primera carta de lecturas que han marcado las coordenadas de tus intereses intelectuales. De mi educación mexicana regreso con frecuencia a la poesía de Ramón López Velarde y Sor Juana Inés de la Cruz, *El libro vacío* de Josefina Vicens, todo Juan Rulfo como no podría ser de otro modo, *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia, *El arte de la fuga* de Sergio Pitou, *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*, acaso la gran novela mexicana después de Pedro Páramo, *El testigo* de Juan Villoro. Entre los escritores fronterizos, me impresiona la prosa barroca de Jesús Gardea.

He estado en Chile en dos ocasiones para encuentros académicos. Peregriné, como correspondía, los territorios de Neruda y Huidobro, y me procuré ediciones nuevas de Enrique Lihn y Pablo de Rokha. Era irremediable que hiciera turismo literario. ¿Cómo no comerme un caldillo de congrio en Isla Negra? No intenté visitar a Nicanor Parra porque sospecho que siempre lo llevo conmigo, sobre todo cuando requiero una dosis de irreverencia y humildad para tomar distancia de lo ridículo y absurdo que puede ser el campo literario. De la narrativa reciente, admiro la inteligencia aguda de Lina Meruane, con quien he tenido la suerte de trabar amistad, y la contundencia lúcida de Andrea Jeftanovic, a quien conocí brevemente en mi primer viaje a Santiago. *Matadero Franklin* de Simón Soto tiene una estructura solvente que ya quisieran muchos de los narradores mexicanos de “narconovelas”. Chile figura en el centro de mi trabajo académico: dediqué un monográfico a la obra de Roberto Bolaño. Él recomendaba investigar todas las líneas inauguradas por Borges. Creo que ahora nos corresponde pensar el después de Bolaño.

Abril 2019
Viña del Mar

Querido Oswaldo,

La duplicidad de las fronteras, esta nobleza y hostilidad de Ciudad Juárez que mencionas, me recuerda otra ciudad fronteriza que conocí y que también tiene su “himno”. “Tijuana makes me happy”, fórmula acuñada por el escritor mexicano Rafa Saavedra, prosperó al convertirse en una canción del colectivo de música electrónica Nortec Collective y banda sonora del videojuego de la Copa Mundial Fifa 2006. En el 2013, acompañada por un mexicano estudiando en Estados Unidos, viajaba desde San Diego, California a Tijuana, ciudad que me produjo una sensación muy ambivalente. Lo primero que me impresionó fue su estética, medio derruida y decadente, hecha de baches y de casas de cartón “teniendo como escenario los escombros de un país en ruinas”, evoca Rafa Saavedra, en simetría perfectamente invertida con su vecina norteamericana. Me asombró también la vitalidad y dinamismo de su escena cultural, mezclas de músicas electrónicas, performances y artistas comprometidos con su entorno, más específicamente la migración, tal como lo muestra la iniciativa del poeta tijuanense Omar Pimienta con una de sus exhibiciones de artes visuales, Lady Libertad. En ese momento conocí a Adriana Trujillo quien realizó el documental *Felix: autoficciones de un traficante*, y a Rafa Saavedra, personaje culto de la ciudad, eternamente optimista, usando el blog como soporte escritural.

Las ciudades binomios en la frontera México-Estados Unidos son especulares, equívocas y engañosas: Ciudad Juárez-El Paso; Mexicali-Calexico; Tijuana-San Diego, entre otras. Por un lado, parecen ordenadas e impolutas, por el otro lado, se vislumbra un caos aspiracional. En la realidad que experimentan los migrantes, ninguna ciudad fronteriza provee seguridad. En este mismo viaje de ida y vuelta Estados-Unidos-México, sentí en mi compañero el miedo que significaba cruzar la frontera para un mexicano: esta constante amenaza de ser arrestado, denigrado, cuestionado y expulsado de manera arbitraria. Me impactó la facilidad con la que pudimos salir de Estados-Unidos, quince minutos aproximadamente, y la inmensa dificultad para volver a entrar. Recuerdo una fila interminable de tres horas, observando vendedores ambulantes, caminando entre los autos, exhibiendo esculturas plásticas monumentales del personaje de videojuego Mario Bros, voluminosos cuadros de cobre representando La última

cena, burros pintados de cebras, entre otras mezclas insólitas, un desmadre de referencias populares, cultas, religiosas, revolucionarias... Esta frontera en particular, por ser un lugar de tránsito habitual de la migración latinoamericana, parece concentrar todos los deseos y crea un ambiente fascinante, donde coexisten la euforia y la desesperación, la creación y las ruinas, la fiesta y la muerte.

Esta ambivalencia también se advierte en la producción cinematográfica sobre las fronteras. *Traffic* de Steven Soderbergh retrata estéticamente este desequilibrio. El filtro amarillo usado para el lado mexicano, cálido, musical y a la vez asfixiante, y el azul mostrando la higienización, la frialdad y la hipocresía del lado norteamericano. También *Babel* de Alejandro González Iñárritu muestra esta dicotomía ampliando la cartografía de las fronteras a Marruecos, Japón y México. *Norteados* del mexicano Rigoberto Pérezcano, cuyo protagonista infatigablemente busca entrar a Estados Unidos a través del paso de Tijuana y, al fracasar, empieza a descubrir el espíritu de la ciudad. En Francia, la conmovedora *Welcome* de Philippe Lioret, narra la desesperanza y tenacidad de un migrante kurdo que toma lecciones de natación en Calais para poder atravesar el Canal de la Mancha nadando y alcanzar Inglaterra. En Chile, *La Frontera* de Ricardo Larraín, explora los relegados en las fronteras internas y políticas de Chile. *Mi mejor enemigo* de Alex Bowen cuenta el Conflicto del Beagle, entre chilenos y argentinos, en una frontera absurda. La locura alegre y siniestra de *Undeground* de Emir Kusturica alegoriza el conflicto en los Balcanes, la desaparición y a la vez fronterización de un país. La última película que vi sobre fronteras fue *Sicario* de Denis Villeneuve que sigue la senda violenta del narcotráfico, tan presente en la producción cultural fronteriza.

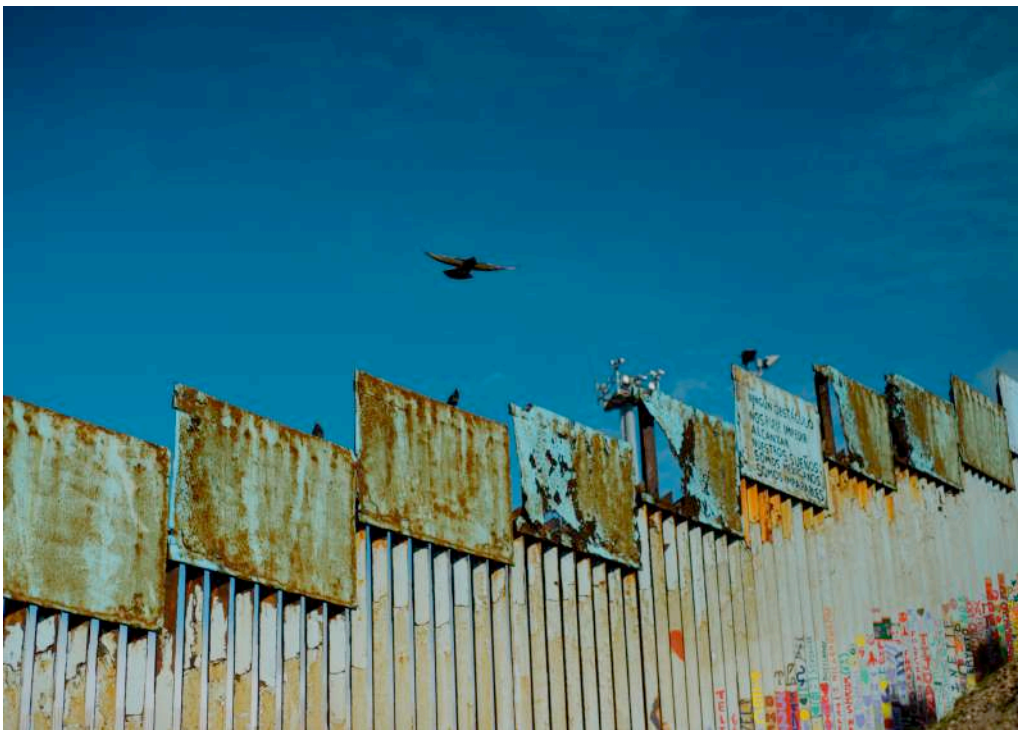
En el plano literario, mencionamos algunos escritores fronterizos pero evocaste el fenómeno de Roberto Bolaño, modelo de escritor migrante. Planteas la necesidad de pensar el después de esta estrella literaria póstuma cuya mitificación tuvo como consecuencia el eclipse de muchos otros autores fascinantes. La orgía crítica de Bolaño se apaciguó por saciedad del mundo académico y dejó el espacio para ahondar en la diversidad de las manifestaciones literarias sobre la frontera, en todas las áreas culturales. Una de las cosas que más me interesaron en *2666*, obra que revela el paroxismo de la violencia fronteriza, es la narración y exposición tan peculiar del cuerpo femenino, en “La parte de los crímenes”, un cuerpo desarticulado, mutilado y presentado clínicamente. Este cuerpo que tanto habla sobre las metáforas postnacionales y las crisis recurrentes de un país. Me pareció muy interesante la propuesta crítica que armaron Viviane Mahieux y tú, con la recopilación de textos académicos *Tierras de nadie* (2012), donde hablan del mito de la frontera en México, el exotismo del norte como locus fantástico con una identidad impuesta. El perpetuo tránsito de significados es muy productiva para pensar este espacio, esta “zona de desastre”.

A raíz de toda esta creación fronteriza, aparece que la noción de frontera constituye un objeto de estudio sumamente prolífico y complejo remitiendo a un espacio prismático. Desde mi perspectiva, los espacios fronterizos son laberínticos, a la vez caóticos y ordenados donde se exacerbaban las tensiones lingüísticas, sociales y políticas. Los estudios de fronteras, desde una perspectiva interdisciplinaria,



conocieron un gran auge en los años ochenta, mayormente en la academia norteamericana y luego pasaron de moda para volver hoy con más fuerza en otros países latinoamericanos, debido, en parte, a la intensificación de los flujos migratorios en territorios que no eran tan anhelados anteriormente. Pienso por ejemplo a la llegada masiva de venezolanos a todos los países de América del Sur, a los haitianos que cambiaron la cara de Chile y que están provocando paulatinamente grandes cambios socio-culturales en países que, si bien siempre recibieron migraciones, no de esta naturaleza y no con esta celeridad. Estos cambios estimulan también la emergencia de literaturas migrantes o literaturas de fronteras.

[1] Zavala, Oswaldo y Mahieux, Viviane. *Tierras de nadie: el Norte en la narrativa mexicana contemporánea*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 2012.



Dallas-Nueva York
26-30 de mayo, 2018

Querida Tatiana,

Te escribo en el tránsito de un viaje de fin de semana por el concreto expansivo de la ciudad de Dallas. Mi hija adoptiva, Diana, se casó este sábado con un pelirrojo nacido en Filadelfia, pero criado en las planicies del México ocupado que ellos llaman Texas. Algo sí dije en mi brindis, mientras señalaba las ironías de nuestras

historias divergentes pero compartidas. Mi hija nació en El Paso, pero creció en Ciudad Juárez como indocumentada en México. Por inercia y por evitar el trance burocrático, a la fecha no ha solicitado la nacionalidad mexicana. Y ahora forma una nueva familia con el hijo de una familia de republicanos que probablemente votó por Trump, pero que durante la boda se esforzó por comunicarse en español con el lado mexicano de la familia. En *Teoría de la frontera*, Thomas Nail explica que la frontera es un proceso que es a la vez constituido y constitutivo de toda sociedad moderna. Así, la frontera “se ha convertido en la condición necesaria para la aparición de ciertas formas sociales dominantes” que a la vez movilizan y obstaculizan el flujo de personas y objetos alrededor de la frontera, pero también al interior de los territorios divididos, segregados, discriminados.[1]Comprobaba en estos días cómo la frontera en tanto práctica política y cultural se expresa entre nosotros constantemente, constituyendo hasta nuestros más íntimos momentos. Pero de inmediato aparecen sus fugas: el cumpleaños de Diana es el 15 de junio, un día *después* de Donald Trump, y me pareció oportuno señalar ese hallazgo simbólico: su vida ya inscribe un país futuro posterior a la pesadilla actual, donde se resquebrajan los

prejuicios y ninguna frontera está libre del colapso espontáneo porque una pareja así lo ha querido. Tal vez es esa una de las razones detrás del verso célebre del poema *Piedra de sol* de Octavio Paz: “el mundo cambia si dos se miran y se reconocen”.

Hace unos meses, en otro viaje de la Ciudad de México a Nueva York, me tocó sentarme al lado de una familia indígena del estado de Oaxaca. La madre se comunicaba en una lengua autóctona con su hijo, que creció ignorando el español y que por primera vez subía a un avión. Antes de repasar en mi mente los prejuicios sobre la población indígena mexicana reproducidos en películas como *Roma* de Alfonso Cuarón, la madre me contó que visitarían a su hija, profesora investigadora en una universidad del *upstate* neoyorquino, y que días más tarde se encontrarían con su otra hija, una joven cineasta cada vez más visible en la industria fílmica estadounidense. Excepciones a la norma, dirán los más apresurados en continuar ciertas tendencias de los estudios culturales sobre la frontera. Pero, aunque la estadística confirme esa singularidad, es preciso aceptar que a nuestra percepción de la frontera se le escapa esa dimensión improbable de lo real que no anticipa las subjetividades como las de mi hija o las de esa extraordinaria familia oaxaqueña que nuestra clase creadora no ha logrado imaginar del todo.

Me resulta oportuno, en este punto, citar tu introducción al volumen *Afpunmapu / Fronteras / Borderlands* que editaste junto a Edith Mora: “La ilusión de una libertad espacial se enfrenta a la realidad del control inflexible del territorio”. [2] En ese libro, en el que colaboramos por primera vez, encuentro la tensión de nuestro trabajo con la brutalidad de lo real inscrita en las prácticas policiales en las fronteras. Admiré los textos allí reunidos precisamente porque se proponían prácticas de resistencia para dislocar ese imaginario habitual de la frontera extrapolando a México y a Chile hacia formas otras de imaginación crítica. Pero es cierto que mientras las subjetividades anómalas fisuran los regímenes dominantes de representación de la frontera, muchas de las películas y las obras literarias que hemos mencionado nos regresan al símbolo central de *2666* de Roberto Bolaño: la frontera como “un cuerpo desarticulado, mutilado y presentado clínicamente”, como bien anotas. Comparto tu repaso por los estudios fronterizos y me preocupa comprender que esta visión reiterada de la frontera como espacio en permanente crisis responde acaso a la misma plataforma de “seguridad nacional” que desde Estados Unidos criminaliza a la población migrante como una amenaza siempre a las puertas de su soberanía territorial. Es extraordinario, triste y desalentador notar cómo nuestra clase intelectual y académica acepta con demasiada rapidez el presupuesto epistémico que vuelve a la frontera equivalente con la violencia. Este proceso de representación ha alcanzado una complejidad depurada en películas como *Pájaros de verano* (2018) de los colombianos Cristina Gallego y Ciro Guerra. No deja de inquietarme la manera en que hemos internalizado ese discurso hasta hacerlo consustancial al sustrato indígena, como si narcotráfico, violencia y Latinoamérica fueran un sintagma inquebrantable, sin el cual la región no tendría sentido.

¿Cómo salir de ese impasse? Ernesto Laclau decía que para romper con una metáfora es necesario desmontar la coherencia de su metonimia, es decir, deslindar uno por uno los elementos en proximidad que la constituyen. Creo que eso intentaron, acertadamente, con el volumen *Afpunmapu / Fronteras / Borderlands*. Acaso eso ejercemos con este intercambio de ideas a la distancia, como hurgando entre los elementos que han construido las ideas más recurrentes sobre el concepto de frontera para reflexionar algunas de sus partes desde una posición gozosamente anómala. Seguí la imagen que trazabas en el puente internacional y

reconocí la frontera entre México y Estados Unidos con la precisión con que evocabas esas personas y esos objetos que al cruzar “coexisten la euforia y la desesperación, la creación y las ruinas, la fiesta y la muerte”. Pero entonces tendríamos que preguntarnos: ¿podemos pensar la frontera sin reclamar su violencia con una suerte de ontología ineluctable? ¿Cómo es, o cómo podría ser, la frontera *después* de los más normativos estudios fronterizos? ¿Hay otra frontera *después* de la frontera criminalizada, narcotizada, desplazada, emigrada?

[1] Thomas Nail, *Theory of the Border* (New York: Oxford University Press, 2016, p. 4).

[2] Tatiana Calderón Le Joliff y Edith Mora Ordóñez, eds., *Afpunmapu / Fronteras / Borderlands. Poética de los confines: Chile-México*, (Valparaíso: Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2015, p.26).

